

<http://dx.doi.org/10.18778/8142-733-3.16>

Marco da Costa

Universidad de Economía de Izmir (IEU)

CUANDO ESPAÑA CREÍA QUE KATYN PODÍA GANAR LA
GUERRA: VISIÓN PROPAGANDÍSTICA DE LA MASACRE DE
KATYN POR INTELECTUALES Y PERIODISTAS DE LA ESPAÑA
FRANQUISTA

**When Spain believed that Katyn Could Win the War:
Propaganda Vision of the Katyn Massacre by Intellectuals
and Journalists of Franco's Spain**

Abstract

We propose to recall in this article the discovery, after 85 years, of the Katyn graves from the testimony of a series of Spanish journalists and intellectuals who, despite the uneasy socio-political situation in which the Franco regime lived after the setbacks of the Axis powers, would not hesitate to continue hoisting, from those famous massacres, the banner of totalitarianism as a bulwark in the defense of Western civilization against communist barbarism.

Keywords: Katyn, Goebbels, Ernesto Giménez Caballero, press, propaganda

Resumen

Proponemos recordar en este artículo el descubrimiento, después de 85 años, de las fosas de Katyn a partir del testimonio de una serie de periodistas e intelectuales españoles que, a pesar de la incómoda coyuntura socio-política en la que vivía el régimen franquista tras los reveses de las potencias del Eje, no dudarían en continuar enarbolando, a partir de aquellas famosas masacres, la bandera de los totalitarismos como baluarte en la defensa de la civilización occidental frente a la barbarie comunista.

Palabras clave: Katyn, Goebbels, Ernesto Giménez Caballero, prensa, propaganda

1. Polonia en el imaginario de los divisionarios españoles y derrota de Stalingrado, antesala del mito de Katyn

Sin ánimo de ser exhaustivos y antes de abordar con más detalle el objetivo de este artículo respecto a la recepción de la Masacre de Katyn por parte de la *intelligentsia* del primer franquismo, resulta conveniente hacer una breve y somera referencia, por una parte, a la imagen que poseían los voluntarios españoles de la División Azul (DA) sobre Polonia y, por otra, a la coyuntura bélica en la que se encontraba la Alemania nazi pocos meses antes del descubrimiento de las fosas. Estos dos aspectos puntuales, nos parece, ayudarán a comprender mejor las reacciones posteriores tanto de la prensa española católica y de periodistas e intelectuales afines a los vientos totalitarios como de la maquinaria de propaganda nacionalsocialista al tener noticia de un suceso del que se cumple el octogésimo quinto aniversario.

En primer lugar, en el caso concreto de los jóvenes españoles que se alistaban al compás de las arengas anticomunistas del “¡Rusia es culpable!” de Serrano Suñer, no cabe duda de que acarrearían en sus mochilas multitud de prejuicios que irían aflorando a lo largo y ancho de un itinerario geográfico, mítico y literario para todos aquellos que dejarían por escrito sus experiencias y andanzas en el frente del Este. Por lo que se refería a Polonia, este país representaba, antes de que la expedición se adentrara en territorios ignotos, pertenecientes a la Rusia salvaje y atea, la última parada de la civilización tal y como se percibía bajo la lupa del catolicismo antiliberal europeo. Así pues, su primer contacto era con una población en la que los niños, “mal vestidos y dulces”, recibían a los soldados españoles al grito de “polacos, católicos” con lo que, a diferencia del trato con los alemanes que insistían en que no se fraternizara con ellos, les garantizaba ternura y cordialidad por parte de unos “católicos españoles” que no responderían de la misma manera a las peticiones de los judíos de Grodno (Ridruejo, 2013: 89, 91, 102). Además, los divisionarios insistirían en la profusión de cruces que jalonaban todo el territorio polaco pregonando “el reinado del Creador”, una simbología cristológica que paulatinamente irían echando de menos a medida que se iban acercando a las puertas del *paraíso soviético* (Jiménez, 1999: 36).

Esta hermandad católica entre los dos países junto a un ambiente situacional español muy concreto en el que se encuadraban desde la admiración por el ejército polaco que había luchado con bravura en las primeras semanas de septiembre de 1939 mientras las potencias democráticas se habían desatendido del conflicto (Reverte, 1941: 47–50,

56), la postura pro-vaticanista de alguna prensa católica española frente a los atropellos nazis contra el catolicismo polaco, hasta la circunstancia vital de que muchos de los miembros más religiosos de la DA, antiguos combatientes en la Guerra Civil española, responsabilizaran a la Rusia marxista de la quema de conventos, del asesinato de sacerdotes y monjas o de la matanza de Paracuellos, avivaría, en definitiva, el sentimiento de anticomunismo en los medios de comunicación del régimen franquista cuando se descubrieran finalmente las fosas con cientos y cientos de oficiales católicos polacos y, de paso, sacaría a los periodistas germanófilos del “punto depresivo” en el que se encontraban (Vilanova, 2005: 174).

Este estado de abatimiento al que hacía referencia el historiador catalán era producto de la rendición del VI Ejército del general Friedrich von Paulus en Stalingrado el 31 de enero de 1943, hito bélico que marcaría un punto de inflexión en la guerra. Unos días antes, concretamente, el 27 de enero, un titular en la sección internacional de *La Vanguardia Española* declamaba que “la defensa de Stalingrado sólo es comparable a la espartana de las Termópilas y la española del Alcázar de Toledo”. Aquella comparación con otro de los espacios heroicos de la guerra civil auguraba el estilo del que se servirían los analistas del franquismo a la hora de enjuiciar/evaluar lo acontecido en el bosque de Katyn a partir de unas coordenadas histórico-nacionales harto reconocidas por el lector español de la época.

Por otro lado, la derrota en Rusia magnificó paradójicamente el uso propagandístico del fenómeno de Katyn como revulsivo en un momento en el que el régimen nacionalsocialista necesitaba recibir buenas noticias del frente. De ahí que el descubrimiento de las fosas supusiera para el ministro de Propaganda, Joseph Goebbels, no solo una exclusiva mundial que explotaría en todos los sentidos sino también una nueva oportunidad para fomentar la creación de un *mito* que contrarrestaría, en la medida de lo posible, las derrotas acaecidas en el campo de batalla.

2. Goebbels y la presencia de Ernesto Giménez Caballero en Katyn

El 17 de septiembre de 1939 el Ejército Rojo había ocupado la Polonia del Este gracias al acuerdo con el régimen nazi. Imágenes del documental *Feldzug in Polen* (1940)¹ mostraban el encuentro en territorio polaco de

¹ El film dirigido por Fritz Hippler se encuentra disponible en versión original, sin subtítulos, en este enlace: <https://www.youtube.com/watch?v=eZMttLIVMkc>

los ejércitos alemán y ruso y cómo se establecía la demarcación final que dividiría al país en dos. Aquella invasión permitiría a la Unión Soviética hacerse con la captura de miles de soldados y oficiales polacos. A principios de 1940, Stalin tomaría la decisión de aplicar la pena máxima a esa gran masa de prisioneros que abarcaba desde la Plana Mayor del ejército polaco (generales, coroneles, comandantes, capitanes, tenientes, etc.) hasta médicos, civiles e intelectuales. Todos enemigos del régimen comunista cuyo destino final serían las fosas abiertas de los bosques de Katyn². El descubrimiento en la primavera de 1943 de la masacre por parte del oficial de la Wehrmacht, Rudolf Christoph von Gersdorff, iniciaría el proceso de exhumación de los cadáveres con la ayuda de diferentes delegaciones de la Cruz Roja.

A lo largo del mes de abril de aquel año, Joseph Goebbels reflejaría en su diario el interés por explotar propagandísticamente el “incidente” con el objetivo ineludible de abrir los ojos a los países europeos y hacerles ver en qué consistía el bolchevismo (Goebbels, 1975: 394). Su primera piedra para la conformación del edificio mítico de Katyn se materializaba en un breve documental filmado en el lugar de los hechos donde se dejaba constancia de los cruentos crímenes soviéticos (Goebbels, 1975: 389, 393)³. Analizando las diferentes entradas del diario se constataba el grado de (auto)engaño en el que se había acomodado la jerarquía nacionalsocialista, y en especial el ministro Goebbels, que se congratularía del éxito de sus gestiones propagandísticas con respecto a Katyn al *conseguir* que las relaciones entre Moscú y el gobierno polaco del exilio se rompieran por culpa de aquel trágico episodio de la historia europea (Goebbels, 1975: 410–411) o de la idoneidad de la nueva situación para poder pactar con unos Aliados que no estaban por la labor de aceptar en aquel momento la culpabilidad de su socio (Goebbels, 1975: 413).

En lo que concierne a los propósitos de este artículo, conviene transcribir parte de la entrada del diario goebbeliano del 9 de abril de 1943, primera referencia explícita al descubrimiento de las fosas:

² En 2007 el director polaco Andrzej Wajda realizó una extraordinaria película sobre este trágico episodio de la historia polaca titulada precisamente *Katyn*. Visionado completo, con subtítulos en español, en línea: <https://www.youtube.com/watch?v=Q2ZYdiEE20Y&feature=youtu.be&t=4160>

³ El documental en versión original, titulado *Im Wald von Katyn*, se puede ver en este enlace de YouTube: <https://www.youtube.com/watch?v=ZKoLAVrP2eQ>

Fosas llenas de cadáveres polacos han sido encontradas cerca de Smolensko. Los bolcheviques asesinaron a 10000 prisioneros polacos, arrojándolos luego a unas inmensas fosas (...). Voy a hacer que los periodistas de los países neutrales acreditados en Berlín visiten estas fosas de polacos asesinados (...). Así verán la suerte que les espera en el caso de que se realicen sus anhelos de que Alemania sea derrotada por los bolcheviques (Goebbels, 1975: 377).

Goebbels haría traer de la capital alemana a los corresponsales extranjeros para que fueran testigos de la villanía soviética y de la matanza perpetrada. En el caso de España, Berlín pediría al agregado de Prensa de la Embajada alemana en Madrid, Hans Lazar, que enviara a un escritor de renombre como representante del gobierno español (Moreno Cantano, 2008: 283). Finalmente, se optaría por Ernesto Giménez Caballero, principal introductor del fascismo en España, quien en sus memorias publicadas en los años setenta aseguraría que su visita a Katyn, junto a los intentos infructuosos por enrolarse en la DA y el deseo de fundar una dinastía hispano-goda para lograr la paz casando a Hitler con Pilar Primo de Rivera, habían constituido los “tres actos” de su participación en la guerra mundial (Giménez Caballero, 1979: 145–160).

Giménez Caballero compartiría aquel “tercer acto” visitando las fosas con otros miembros de la *Europäische Schriftsteller-Vereinigung* (ESV), organización compuesta por escritores de países satélites a la Alemania nazi y patrocinada por el Ministerio de Propaganda en sus intentos por fundar un Nuevo Orden cultural después de la guerra (Martin, 2013). El autor de *Genio de España* dejaría por escrito sus impresiones en un opúsculo panfletario, *La matanza de Katyn (Visión sobre Rusia)*, que agrupaba tres artículos que habían aparecido previamente en la prensa nacional (*ABC* y *La Vanguardia Española*, entre otros). Si exceptuamos el último, “Visión sobre Rusia”, los otros dos, “Acabo de ver Katyn” y “Katyn o la venganza de Boris Godunov”, abordaban directamente la visita al pie de las fosas como se observaba en algunas fotografías del escritor⁴. En conjunto, su autor emularía en aquellos dos artículos las tácticas manipuladoras empleadas por Goebbels. Con todo, el uso propagandístico de Katyn difería en las intenciones. Su interpretación no solamente de la masacre de la oficialidad polaca sino de la propia guerra mundial se ajustaba al molde de la historia reciente de España. Estos dos fenómenos (Katyn y la

⁴ “Acabo de ver Katyn”, *ABC*, 1 de mayo de 1943, p. 10; “Katyn o la venganza de Boris Godunov”, *ABC*, 2 de mayo de 1943, p. 18; “Acabo de ver Katyn”, *La Vanguardia Española*, 30 de abril de 1943, p. 4; “Katyn o la venganza de Boris Godunov”, *La Vanguardia Española*, 2 de mayo de 1943, p. 6.

guerra en el Este con la participación de la DA) no eran más que una prolongación de “nuestra Cruzada” en la que la España del Caudillo se había convertido en pionera en la defensa de la civilización occidental y católica frente a las hordas marxistas (Giménez Caballero, 1943: 5-6). En este sentido, los españoles no necesitaban “atestiguaciones sobre los métodos soviéticos de crimen” desplegados por todo el mapa de la España *anti-nacional* (Giménez Caballero, 1943: 3). El análisis comparativo con las fosas de Katyn lo trasladaría finalmente a los espacios martiroológicos y al de las *ilustres* víctimas surgidas de una guerra fratricida que, por desgracia, también había sido precursora. Ahí estaban, como testigos de la vesania comunista, los cuerpos sin vida de José Antonio, Calvo Sotelo o el de los miles de asesinados en las checas y en los santuarios trágicos del Cuartel de la Montaña, Paracuellos, la Casa de Campo y la cárcel Modelo (Giménez Caballero, 1943: 7-8).

3. Katyn en la prensa y propaganda franquista

Aproximadamente un mes después del inicio de la campaña propagandística sobre el descubrimiento de las fosas, Joseph Goebbels, el verdadero promotor e instigador del uso de Katyn como asunto político, corría un tupido velo sobre la masacre de la oficialidad polaca cuando en la entrada del 8 de mayo escribía en su diario que se había encontrado munición alemana en el interior de las fosas (Goebbels, 1975: 420). Meses después, Katyn aparecía por última vez en sus escritos privados el 29 de septiembre. El ministro alemán admitía *sotto voce* que aquel suceso traería consecuencias gravísimas en el futuro porque “los bolcheviques descubrirán pronto que nosotros asesinamos a los 12000 oficiales polacos” (Goebbels, 1975: 573). Posteriormente, la ocupación rusa de la zona acabaría por responsabilizar a los nazis de lo acontecido, (re)escribiendo una historia donde la verdad tardaría décadas en salir a la luz.

Así pues, mientras un desinformado Goebbels dejaba escapar la oportunidad de continuar explotando aquel material propagandístico debido probablemente a la desesperada situación bélica en el frente ruso, la prensa franquista, desconocedora lógicamente de las confidencias íntimas del ministro de Propaganda, persistiría en la línea oficial del régimen alabando al nazismo como paladín de los valores de la civilización occidental frente al comunismo y demonizando al antiguo enemigo de la Guerra Civil española. El corresponsal de *La Vanguardia Española* en la capital alemana, Manuel Pombo Angulo, calificaba la matanza en el

bosque de Katyn como “el más trágico ejemplo de la vesania bolchevique” y hacía una nueva “advertencia a los que creen que la URSS pueda dejar de ser, alguna vez, la más gigantesca fábrica de asesinatos que jamás se ha conocido” (Pombo Angulo, 1943), alusión evidente del futuro escritor a los aliados de la Rusia estaliniana que permanecían en silencio para no romper, al menos durante el transcurso del conflicto bélico, las particulares *amistades peligrosas* con las que habían sellado su matrimonio de conveniencia. Otro artículo que caracterizaría la reacción/opinión de los periodistas españoles con respecto a Katyn venía firmado por una de las plumas más importantes del periodismo catalán de la época. Santiago Nadal, responsable de la sección internacional en el semanario *Destino*, aunque no dudaba en catalogarlo como “uno de los acontecimientos más importantes de la guerra”, reconocía que no le habían sorprendido las fosas con los cuerpos asesinados. Desde la guerra civil, los españoles conocían “los procedimientos comunistas”. Lo que importaba resaltar, de acuerdo con esto, es que había llegado el momento en que las alianzas con extrañas parejas de baile se quebrantaran para dar paso a un conglomerado de fuerzas, occidentales y católicas, que se unieran contra la Rusia comunista (Nadal, 1943).

Además de la prensa, en España los lectores estarían al tanto de la noticia mediante otros medios propagandísticos como las revistas o los folletos panfletarios. En el primer caso, queremos acentuar el papel jugado por la *Revista de Estudios Políticos* en la que colaborarían la mayoría de los ideólogos del Nuevo Estado franquista. En esta revista, fundada en 1941 por el Instituto de Estudios Políticos, contaba el escritor Mourlane Michelena con una sección dedicada a la información internacional en la que juzgaría lo ocurrido en Katyn en los siguientes términos:

El crimen de Katyn (...) envilece la condición humana (...). El crimen de Katyn nos ha mostrado hasta dónde el ser del hombre puede degradarse o corromperse. Le ha bastado a un tropel de ex hombres un día para aniquilar patrimonios que la civilización ha logrado en siglos. La sangre de esos diez mil oficiales asesinados nos desasosiega a todos (...). Con nuestra División Azul va a aquellas latitudes la réplica de España. Creemos en los códigos de Caballería y en las formas excelsas del comportamiento. Por eso estamos allí (Mourlane Michelena, 1943: 195–196).

En lo tocante a los folletos, destaquemos el panfleto, furibundamente anticomunista, *¡Alerta, Europa!*, escrito por el carlista Jesús Evaristo

Casariego y publicado el mismo año que *La matanza de Katyn* de Giménez Caballero con el que coincidía en la llamada de aviso ante el peligro que corría el continente europeo si las potencias del Eje perdían la guerra, en el que, para su autor, los asesinatos de Katyn constituían “todo un buen síntoma de cómo y contra qué opera la revolución que prepara Moscú” (Casariego, 1943: 1).

4. Katyn en la inmediata posguerra

El final de la Segunda Guerra Mundial trajo en España una proliferación editorial de literatura memorialística cuyos autores, la mayoría de ellos analistas internacionales o corresponsales en la extinta Alemania nazi, calmaban sus malas conciencias colaboracionistas al haber dejado rastro en las hemerotecas periodísticas de sus alabanzas, en los primeros años de la guerra, al régimen nacionalsocialista y a su todopoderoso ejército.

Katyn, por lo tanto, volvería a reaparecer en aquellas memorias o en artículos escritos al calor de los acontecimientos de los juicios de Núremberg cuando todavía, desde Occidente y durante los primeros meses de la posguerra, se albergaban dudas de quiénes habían sido los responsables de la matanza y no se había aposentado la que sería versión *oficial* soviética hasta que en los años noventa Mijail Gorbachov asumiera finalmente la culpabilidad de su país. Por lo que se refería a la interpretación española de Katyn a raíz de la nueva coyuntura socio-política de la España franquista con el bando vencedor, existieron, en resumidas cuentas, dos versiones que enlazaban con la posición ideológica que, durante la posguerra, adoptaría a nivel personal cada uno de los periodistas. Había quienes preferían culpar a los nazis con argumentos sin fundamento en los que se barruntaban ciertas rencillas personales y, después, aquellos oficialistas de la corriente anticomunista que culpaban a los rusos, reconociendo que los aliados de Stalin, es decir, tanto Inglaterra como los Estados Unidos, habían mirado hacia otro lado (y perdonado el “asunto” de Katyn) para que no se produjeran fracturas en la alianza y pudieran derrotar conjuntamente al fascismo en Europa.

Dentro de esta última interpretación se encontraba Ramón Garriga, corresponsal en *La Vanguardia Española* en Berlín y posteriormente agregado de Prensa en la Embajada española hasta 1945, que alabaría la inteligencia de Goebbels al provocar con su “máquina propagandística” un cisma entre Moscú, Londres y Washington que terminaría con “la intervención enérgica de Churchill para que el caso de Katyn no tuviera

graves repercusiones en la política de los aliados” (Garriga, 1945: 201–203). Del mismo parecer era Carlos Sentís, uno de los primeros periodistas que entrarían en Dachau tras su liberación y el único corresponsal español que cubriría los juicios en Núremberg contra los criminales nazis, al preguntarse el “¿por qué no constan los diez mil muertos de Katyn como un punto más de acusación que añadir a los veinte con que se acusa a Alemania?”, si el propio comunicado ruso, continuaba, había responsabilizado a la jerarquía nacionalsocialista de los asesinatos (Sentís, 1995: 110).

Bien distintas serán las motivaciones que llevarían a Manuel Penella de Silva a escribir *El número 7*. Este periodista, que había sido corresponsal en Berlín para el diario falangista *El Alcázar* dejando múltiples artículos laudatorios hacia la maquinaria bélica nazi, sería expulsado de Alemania en 1942⁵. En 1945 publicaría unas memorias en las que criticaría abiertamente al régimen y a sus dirigentes. Respecto a Katyn, Penella de Silva aseguraba que los Ministerios de Ribbentrop y de Goebbels habían urdido “un golpe propagandístico magistral (...). Un golpe típicamente nazi” para engañar con documentos, fotografías y cartas personales a unos periodistas que, como Ernesto Giménez Caballero, no sabían polaco y que habían acudido a unas fosas que correspondían con seguridad a un cementerio de muertos en combate (Penella de Silva, 1945: 250–252).

Conclusiones

Comentaba Francesc Vilanova (2005) que lo que se esperaba de los analistas y periodistas del franquismo es que explicaran a sus lectores el mundo y, particularmente, los acontecimientos de la Segunda Guerra Mundial desde el prisma de la reciente historia de España. Así pues, la recepción informativa de Katyn vendría mediatizada, en primer lugar, por la guerra civil. Este análisis comparativo se traduciría en multitud de referencias al tópico, tan habitual en la prensa falangista de la época, de la España “precursora”. Durante la guerra del 36, los españoles, desde el bando nacional, ya habían denunciado a los organismos internacionales los métodos sádicos y crueles que la opinión pública mundial había descubierto en las fosas de Katyn. Los artículos periodísticos continuarían aludiendo a los “rojos” con los mismos prejuicios y estereotipos físico-psicológicos que habían poblado la literatura memorialística de los

⁵ Respecto a la “autoexpulsión-alejamiento” de Penella a raíz del caso del periodista americano Richard Hottelet, véase Garriga, R. (1983): *Berlín, años cuarenta*. Barcelona: Planeta, pp. 58–61.

“fugitivos” (Miquelarena, Samuel Ros, Fernández Flórez, etc.) o las novelas del “Terror Rojo” (Foxá, Carrere, Borrás, etc.), apropiación léxica que alcanzaría la obra experiencial de unos voluntarios de la DA que confirmarían *in situ* la mentira del “Paraíso soviético”.

Nuestro país, por otra parte, había sido la avanzadilla de la civilización occidental en su batalla eterna contra las hordas marxistas, el judaísmo internacional y la masonería. En este caso, los periodistas católicos, menos propensos a dejarse imbuir por ínfulas totalitarias, recalcarían continuamente que tanto España como Polonia (Katyn), por su confesión católica, compartían el aciago destino de padecer la barbarie roja. Al fin y al cabo, además de interpretar a la manera goebbeliana el descubrimiento de las fosas como un punto de inflexión en el cambio de alianzas y en el propio desarrollo de la guerra, la defensa del catolicismo se convertiría en la principal toma de posición no tan solo de la prensa sino del gobierno español que presentaría en la posguerra nuevas cartas credenciales y un lavado de imagen para unos tiempos de guerra fría en los que, para sobrevivir, el régimen franquista había ido preparando el terreno anteriormente, readaptando su discurso totalitario a un nacionalcatolicismo que, a partir de sucesos *anticomunistas* como el de Katyn, le permitiría prolongar su existencia durante más de treinta años.

Bibliografía

- Casariago, J. E. (1943). *¡Alerta, Europa! (Un llamamiento a la conciencia de los europeos no rojos)*. Madrid: Talleres Penitenciarios de Alcalá.
- Garriga, R. (1945). *El ocaso de los dioses nazis*. Madrid: Ediciones Atlas.
- Garriga, R. (1983). *Berlín, años cuarenta*. Barcelona: Planeta.
- Giménez Caballero, E. (1943). *La matanza de Katyn (Visión sobre Rusia)*. Madrid: Imp. E. Giménez.
- Giménez Caballero, E. (1979). *Memorias de un dictador*. Barcelona: Editorial Planeta.
- Goebbels, J. (1975). *Diario*. Barcelona: Plaza y Janés.
- Jiménez y Malo de Molina, V. J. (1999). *De España a Rusia. 5000 kms. con la División Azul*. Buitrago del Lozoya: SND Editores.
- Martin, B. G. (2013). European Literature in the Nazi New Order: The Cultural Politics of the European Writers Union, 1941–3. *Journal of Contemporary History*, n.º 48, pp. 486–508.
- Moreno Cantano, A. C. (2008). *Los Servicios de Prensa Extranjera en el primer franquismo (1936–1945)*. Universidad de Alcalá de Henares [Tesis Doctoral].
- Mourlane Michelena, P. (1943). Crónica internacional. *Revista de Estudios Políticos*, n.º 9–10, pp. 187–196.

- Nadal, S. (1943). Reflexiones al margen de Katyn. *Destino. Política de Unidad*, 8 de mayo, n.º 303, pp. 1–3.
- Penella de Silva, M. (1945). *El número 7*. Barcelona: Edige-Ediciones Generales.
- Pombo Angulo, M. (1943). La batalla de Túnez y los asesinatos de Katyn. *La Vanguardia Española*, 24 de abril, p. 5.
- Reverte, M. (1941). *De Dantzig a Smolensko*. Madrid: Imprenta de Prensa Española.
- Ridruejo, D. (2013). *Cuadernos de Rusia. Diario 1941–1942*. Madrid: Fórcola.
- Sentís, C. (1995). *El Proceso de Nuremberg*. Barcelona: La Campana.
- Vilanova, F. (2005). *La Barcelona franquista i l'Europa totalitària (1939–1946)*. Barcelona: Editorial Empúries.